

LA OLLA

Comedia

Tito Maccio Plauto

Nota Preliminar

Comedia de enredo y de carácter, al mismo tiempo, es Aulularia. En su argumento se ve que el enredo o intriga es doble: los amores de Licónides y Fedra y la suerte que corre la olla con el tesoro que ha encontrado Euclión.

La intriga es conforme al tipo corriente de la comedia griega en Grecia. No tiene esta obra la profundidad en la descripción del vicio de la avaricia que vemos en El avaro, de Moliere. Sin embargo, hay pasajes en los cuales Moliere sigue, casi literalmente, a Plauto. Más fácil que comparar Aulularia con El avaro sería hacer la comparación de la comedia latina con Tartufo, del mismo Moliere.

El descubrimiento por Keiz de unos versos nuevos en esta comedia, concedió gran importancia a Aulularia en la métrica latina.

El argumento de la comedia es el siguiente: el viejo Euclión ha encontrado un tesoro. De miedo a que se lo roben, continuamente está atormentado. Espía a todos y a todos tiene por enemigos, mientras vuelve a esconder su olla, que encierra el tesoro, con el mayor secreto. Licónides había violado a Fedra, hija de Euclión, de la cual está enamorado. Megadoro, rico anciano y tío de Licónides, proyecta casarse con Fedra. Tras muchas vacilaciones, Euclión consiente. Entre tanto, esconde la olla en diversos lugares, cerca de los cuales acecha un esclavo de Licónides y le roba el tesoro al viejo. Megadoro renuncia al casamiento en favor de Licónides, quien hace restituir a Euclión su olla, y así el joven consigue casarse con Fedra.

Prólogo

Lar: Para que ninguno se pregunte extrañado: "¿Quién es éste?", yo mismo os lo diré en pocas palabras: sabed que soy el dios Lar de esta casa, de la que me habeis visto salir. Hace muchos años que en ella habito y que vengo protegiendo al padre y al abuelo del que ahora la posee. El abuelo me confió un tesoro, que con gran secreto escondió en medio del hogar, y me suplicó encarecidamente que se lo guardase. Cuando murió, no quiso revelar su secreto ni a su propio hijo. (¡tan avaro era este hombre!), y prefirió dejarle pobre a indicarle donde estaba el tesoro. Le dejó un modesto campo, con el que vivía a fuerza de trabajos y de miserias. Una vez que murió el viejo avariento, comencé a observar si el hijo me tenía mas devoción que su padre; pero, lejos de ello, cada día se disminuían en su casa los honores que me debían. Yo le pagué de igual modo y a su vez murió. Dejó un hijo, que es el actual dueño de la casa, idéntico retrato de su padre y de abuelo. Sin embargo, tiene una hija, que todos los días me ofrece incienso, vino y otros obsequios y me pone guirnaldas. Para premiar su devoción, he hecho que su padre, el viejo Euclión, descubra el tesoro y, si quiere, pueda casar ventajosamente a su hija. Un distinguido joven la ha seducido; él sabe quien es la muchacha, pero ella no conoce a su seductor. El padre ignora lo que ha ocurrido. Haré de modo que un señor viejo Megadoro, pida la mano de la joven para asegurar al amante la ocasión de casarse con ella, pues el vecino anciano de esta que le pedirá en matrimonio, es tío del joven Licónides que atentó contra el honor de la doncella en una fiesta nocturna de Ceres... Pero escuchad: el viejo Euclión ya esta gritando en su casa, según su costumbre. ¿Sabéis que ocurre? Que quiere echar fuera a la vieja que le sirve para que no se entere de nada. Seguramente se propone dar un vistazo a su olla de dinero, pues teme que se la hayan robado.

7110801
C.2
99119281
MRS
Inders

LA OLLA

De: Tito Maccio Plauto

(Aulularia)

PERSONAJES

| | | |
|---------------------------------|-----------------------------------|--------------|
| El dios, IAR | ANTRAY.... | Cocineros |
| EUCLION, viejo avaro. | CONGRION.. | |
| FEDRA, hija de Euclión | FRIGIA | Tocadoras de |
| ESTAFILA, sierva de Euclión | ELEUSIA | flauta. |
| MEGADORO, viejo rico | PITODICO, esclavo | |
| LICONIDES, su sobrino | ESTROBILO O ESTROFILO, esclavo de | |
| ESTROBILO, esclavo de Megadoro. | Licónides; le llamaremos | |
| EUNOMIA, hermana de MEGADORO | ESTROFILO, para distinguirlo | |
| | del anterior. | |

AZOTADORES

ACTO PRIMERO

Escena primera

Euclión y Estafila

EUCLION: ¡Sal de aquí, te digo! ¡Fuera, espiga de ojos escudriñadores!

ESTAFILA: ¿Por qué maltratas a una pobre desgraciada?

EUCLIO: Para que lo seas de veras y para que arrastres la desgraciada vida que mereces.

ESTAFILA: Pero ¿por qué echarme ahora fuera de casa?

EUCLION: ¿Yo te he de dar explicaciones, campo de espinas? ¡Fuera de esa puerta! ¡Por aquí!!! Miren que prisa se dá. ¿Sabes lo que te espera? Pues te juro que si cojo un palo o un pincho, ya te haré que apresures ese paso de tortuga.

ESTA: Más me valiera que los dioses me hubieran llevado al patíbulo antes de servirte en tan misera condición.

EUC: ¿Qué es lo que esa malvada murmura entre dientes? Ya te arrancaré los ojos para que no puedas observar mis acciones. ¡Alejate más! ¡Más todavía..., más! ¡Quieta ahí! Por los dioses, si te separas solo un dedo o el largo de una uña; si te atreves a volver la cabeza antes que te lo permita, al momento te pongo en la cruz para que aprendas. Nunca he visto vieja mas perversa que esta. Tengo miedo de que, sin saberlo, me prepare una emboscada u olfatee donde esta escondido el oro. Esta tunanta tiene ojos en el cogote. Voy a ver si mi oro esta tal como lo deje. ¡Qué tormentos y que intranquilidades me causa! (Vase.)

Escena II

Estáfila, sola

ESTAFILA: En verdad no se que le pasa a mi amo. o que locura le atormenta. De tal manera le ha dado por atormentarme, que, de costumbre, en un día, diez veces me expulsa de la casa. No se que agitación se ha apoderado de este hombre: no pega ojo en toda la noche, y el día se lo pasa como si fuera un sastre cojo; sin levantarse nunca del asiento, Por otra parte el percance de la muchacha no se le puede seguir ocultando, pues es cosa que ya llega a su termino. Bien mirado, lo mejor para mí seria colgarme del techo por el pezcuezo hasta estirarme como una I mayúscula.

Escena III

Euclión y Estáfila

EUCLION: (Aparte) Por fin salgo de mi casa con espíritu más tranquilo, pues me he cerciorado de que dentro todo esta seguro. (A Estáfila) Ya puedes entrar, y... ¡guarda bien la casa!

ESTAFILA: (Con ironía) ¿De verdad?... Y ¿qué cosas son las que me mandais guardar en la casa? ¿Tal vez se van a llevar la misma casa? ¿Qué otra cosa podrían llevarse los ladrones? No encontrarían mas que agujeros y telarañas.

EUCLION: Admirable serían que por tu causa me fuese a dar Júpiter la fortuna del rey Filipo o de Darío. Pues mira: quiero que se guarden esas telarañas. Soy pobre, es verdad; pero lo llevo con paciencia, y con lo que los dioses me dan vivo satisfecho. Así que metete dentro y cierra bien la puerta. En un segundo estaré aquí. Cuidado con que me introduzcas a casa ninguna persona extraña. Para que no vengan a pedirte lumbre la apagas, no sea que tomen pretexto para preguntarte algo. Si cuando vuelva, el fuego no está extinguido, te extinguiré yo a tí al momento. Si vienen pidiendo agua, respondes que se ha derramado. Si te piden el cuchillo, el hacha, la mano del almiréz, cualquiera de los utensilios que suelen pedir los vecinos, les respondes que han venido unos ladrones y se los han llevado. No quiero que nadie, absolutamente nadie, entre en mi casa durante mi ausencia, ¿entiendes? Aunque viniese a visitarme la Buena Fortuna, no le des entrada en mi casa.

ESTÁFILA: ¡Por Pólux! Me parece que se guarde mucho de visitarnos, pues ni una sola vez nos ha visitado, a pesar de tener su templo ahí al lado.

EUCLION: Calla y vete dentro.

ESTÁFILA: Ya me callo y me retiro.

EUCLION: Cierra la puerta con los dos cerrojos; al momento estoy aquí. (Estáfila entra en la casa.) Me siento angustiado por tener que salir de casa. Salgo de mala gana; pero bien se lo que hago. El jefe de nuestra curia tiene anunciada una distribución de dinero entre los vecinos. Si dejo de ir y abandono mi parte, todos al punto sospecharan de mí, ¿no es verdad?, que tengo yo algún tesoro en mi casa. No es de pensar que un pobre desprecie la ocasión de conseguir alguna moneda. Ahora precisamente que me esfuerzo con todo empeño en evitar que sepan que tengo, parece que lo saben todos y que me saludan con mas afabilidad que antes; se acercan a mí, me paran, me aprietan la mano, me preguntan como lo paso y que es lo que hago, como van mis negocios. En fin, vamos a lo nuestro sin perder tiempo, y así podremos regresar más pronto a casa.

ACTO SEGUNDO

Escena Primera

Eunomia y Megadoro

EUNOMIA: Ante todo, quiero, hermano mío, que veas que lo que te digo está dictado por mi afecto y por tu propio interés; así debe proceder una buena hermana. No ignoro que a las mujeres se nos tiene siempre por importunas y que con razón somos consideradas como charlatanas; se asegura hoy que jamás se ha encontrado una solo que sea muda. Así y todo, piensa, hermano, que no tengo en el mundo pariente mas próximo que tú. Por ello, es muy natural que miremos el uno por el otro, que mutuamente nos aconsejemos lo que cada uno juzgue conveniente para el otro, que nada haya oculto entre nosotros, que nada por timidez lo hablemos entre dientes, ni deje yo de participarte mis pensamientos o tú a mí los tuyos. Para esto te he llamado afuera: para que en secreto hablemos de asuntos que personalmente a tí se refieren.

MEGADORO: ¡Oh mujer perfecta! ¡Venga esa mano!

EUNOMIA: (Mirando en torno suyo) ¿Dónde está esa mujer perfecta?

MEGA: Tú misma.

EUNO: ¿Yo?

MEGA: Si te empeñas en negarlo lo negaré.

EUNOMIA: Un hombre como tú debe decir la verdad; ninguna mujer puede ser considerada como perfecta, pues cada uno de nosotras es peor que las demás.

MEGADORO: Lo mismo pienso, y decididamente pienso no llevarle la contraria en ese punto.

EUNOMIA: ¿Me quieres escuchar?

MEGA: A tu disposición estoy; dí cuanto quieras.

EUN: Voy a darte un consejo en lo que es mas importante para tu bien.

MEGA: Hermana, tu siempre haces lo mismo.

EUN: Quiero que lo que te diga sea un hecho.

MEGA: ¿De qué se trata?

EUN: De algo que será tu felicidad para siempre; de que asegures tu decendencia....

MEGADORO: ¡Ojalá lo quieran los dioses!

EUNOMIA: Quiero que te cases.

MEGADORO: Pobre de mí!

EUNO: ¿Cómo?

MEGA: Porque me haces saltar el cerebro; tus palabras son piedras.

EUNOMIA: ¡Ea!, sigue los consejos de tu hermana.

MEGANOMIA: Hermana, lo haré si me agrada.

EUNOMIA: Se trata de tu propio provecho.

MEGADORO: Sí, de morir antes de casarme. Con esta condición me casaré: me buscas para mañana una mujer que al día siguiente este muerta. Con esta condición, puedes enseguida preparar la boda.

EUN: Te traeré una esposa con una gran dote; más ya es de alguna edad; ya sobrepasa los años de su juventud; si quieres, yo la pediré en tu nombre.

MEGA: ¿Permites que yo te haga una pregunta?

EUN: Puedes preguntar lo que quieras.

MEGA: Si un hombre maduro se casa con una mujer ya entrada en años, y la casualidad quiere que esta quede embarazada, ¿que nombre te parece que se debe poner al recién nacido, si no el de Póstumo? (Pausa a observar la reacción, y no habiendo ninguna continúa) Hermana, yo te evitaré esa tribulación. Por bondad de los dioses y de nuestros mayores, soy suficientemente rico. No me seduce ni el esplendor, ni los honores ni la rica dote, ni el gran tren, ni el poderío, ni los carros de marfil, ni los mantos de púrpura, ni ninguno de esos lujos que convierten a los maridos en esclavos.

EUN: Dime entonces con que mujer pretendes unirme.

MEGA: Te lo diré. ¿Conoces a Euclión? ese pobre viejo que vive ahí cerca?

EUN: Sí; y por cierto, no parece mala persona.

MEGA: Pues bien; deseo casarme con una hija suya que aún es doncella. No me digas nada, hermana; se lo que has de decir; que es pobre. Esa joven pobre es la que me agrada.

EUN: Los dioses te ayuden.

MEGA: Así lo espero.

EUN: ¿Deseas algo más?

MEGA: Que lo pases bien.

EUN: Y tú lo mismo. (Vase.)

MEGA: Voy a ver si Euclion esta en su casa. Pero, ¡si esta ahí!... No sé de donde podrá venir....

Escena V

Euclion y Megadoro

EUCLION: (Sin ver a Megadoro) Mi corazón presentía que mi salida de casa iba a ser infructuosa; por eso me ausente de tan mala gana. No estaba ninguno de mis compañeros de curia, ni el presidente de ella, que debía hacernos la distribución de dinero. Vuelvo con toda prisa a mi casa, pues, aunque mi cuerpo se halla aquí, allí es donde tengo mi alma.

MEGADORO: Te deseo salud y fortuna, amigo Euclión.

EUCLION: Los dioses te protejan, Megadoro.

MEGADORO: ¿Qué tal? ¿Cómo va tu salud?

EUCLION: (Aparte) Si un rico saluda afectuosamente a un pobre, es con algun motivo... sin duda, Este sabe que tengo dinero, y por eso me saluda tan cariñosamente.

MEGA: ¿Qué dices? ¿Lo pasas bien?

EUCLION: En verdad no muy bien en lo que se refiere a dinero.

MEGA: Sin embargo. Si tienes tranquilidad de conciencia, tienes bastante para pasarlo bien.

EUCLION: (Aparte) ¡Por Hércules! La vieja le ha revelado la existencia de mi oro. Esto es claro como la luz. Cuando vuelva a casa, le cortaré la lengua y le arrancaré los ojos.

La olla

- MEGADORO: ¿Qué hablas a solas?
- EUCLION: Me lamento de mi pobreza. Tengo una hija ya moza, pero sin dote, y no puedo colocarla, ya que no hay quien la pretenda.
- MEGADORO: No digas eso y ten buen ánimo, Euclión. Tú hija tendrá dote; yo te ayudaré. Di lo que necesitas.
- EUCLION: (Aparte) Cuando este ofrece, es que algo quiere. Se le abre la boca pensando en devorar mi oro. Lleva la piedra en una mano y con la otra me enseña el pan. No me dio del rico que con un pobre se muestra tan zalamero. Si tiende tan gentilmente la mano, es que va a echar encima alguna carga pesada. Conozco bien a estos pulpos que lo que tocan lo retienen.
- MEGADORO: Prestame atención un momento, Euclion, quiero decirte unas palabras sobre algo que a los dos nos interesa.
- EUCLION: (Aparte) ¡Desgraciado de mí! Ya echaron mano a mi oro; seguro que ahora este quiere entrar conmigo en arreglo. Antes voy a revisar mi casa.
- MEGADORO: ¿Adónde vas?
- EUCLION: Vuelvo en seguida. Tengo que ver algo en mi casa. (Sale apresuradamente)
- MEGADORO: Cierto estoy de que, cuando le hablé de su hija para que me la conceda en matrimonio, se va a creer que me burlo de él. Entre todos los pobres no hay otro más mísero.
- EUCLION: (Aparte) Me protegen los dioses. Todo esta a salvo; a salvo esta lo que no se ha perdido. Tuve un temor excesivo. Antes de entrar estaba más muerto que vivo. (En voz alta) Ya estoy de vuelta, Megadoro. ¿Se te ofrece algo?
- MEGADORO: Gracias. Te ruego que me respondas a mis preguntas.
- EUCLION: Siempre que no me preguntes lo que no me agrada decirte...
- MEGADORO: ¿Qué concepto tienes de mi linaje?
- EUCLION: Bueno.
- MEGADORO: ¿Y de mi crédito?
- EUCLION: Bueno.
- MEGADORO: ¿Y de mis obras?
- EUCLION: No den malas ni deshonorosas.
- MEGADORO: ¿Conoces mi edad?
- EUCLION: Se que se extiende tanto como tu fortuna.
- MEGADORO: Yo, a mi vez, siempre te he considerado como a un ciudadano honrado, y así te sigo considerando.
- EUCLION: (Aparte) Ha husmeado mi oro. (en voz alta.) ¿Qué quieres decirme?
- MEGADORO: Puesto que tú y yo nos conocemos, te pido la mano de tu hija. Creo que esto puede redundar en bien tuyo, mío y de la misma doncella. ¿Me das tu palabra?
- EUCLION: ¡Ah Megadoro! No es digno de ti ni de tu caracter el burlarte de un pobre hombre que ningún daño ha hecho a ti ni a los tuyos. Ni por mis actos ni por mis palabras he merecido de ti semejante cosa.
- MEGADORO: Te juro que no vengo a burlarme de ti. No me burlo; eso seria una vileza.
- EUCLION: Pues, ¿por qué me pides por esposa a mi hija?
- MEGADORO: Para hacer tu felicidad y para que tú y los tuyos hagáis la mía.
- EUCLION: Esto es lo que se me ocurre, Megadoro: Eres un hombre poderoso y opulento, mientras que yo soy el hombre más pobre de los pobres. Si ahora caso a mi hija contigo, supongo que tú harás el papel de buey y yo el de asno. Una vez que el buey se encuentre unido con el jumento, como este no podrá soportar la carga lo mismo que aquel, ocurrirá que yo, el pobre asno, me quedaré tendido en el barro, mientras que tú, el señor buey, no te dignarás mirarme; ni más ni menos que si yo no hubiese existido. Tú me tratarás sin piedad y los de mi clase se reirán de mí; en ningún sitio encontraré establo seguro. Si llegamos a separarnos. Entonces los asnos me desgarrarán a mordiscos y los bueyes me acornearán. Tan terrible prueba me espera si del círculo de los asnos me paso al de los bueyes.
- MEGADORO: Cuanto mejores sean las personas con quienes te unas en parentesco, tanto mejor te ira. Acepta mis condiciones, atiendeme y concédeme la mano de tu hija.

- EUCLION: Pero no tengo dote que darle.
- MEGADORO: Bueno, no le des nada. Bien dotada esta con sus buenas costumbres.
- EUCLION: Te digo esto no sea que te figures que he encontrado tesoros.
- MEGADORO: Lo sé, no tienes por qué advertírmelo; pero dame tu palabra.
- EUCLION: Sea. (Aparte, como si oyese ruidos.) ¡Por Júpiter! ¿Si me estare perdiendo?
- MEGADORO: ¿Qué te ocurre?
- EUCLION: ¿Qué golpes, como de piqueta, acabo de oír? (Se va)
- MEGADORO: Es que he ordenado cavar en el jardín de mi casa. (Volviéndose) Pero ¿a dónde ha ido? Se ha marchado sin darme respuesta cierta. Me desdeña porque ve que solicito su amistad. Así es la gente: se dirige un rico a pedir un favor a un pobre, y este teme comprometerse; el mismo recelo impide a los pobres ver su propio bien; después, cuando la ocasión se ha perdido, la desean; pero entonces ya es tarde. (Vuelve a entrar Euclion)
- EUCLION: (Como si hablase con Estafila) Si no hago que te arranquen de raíz la lengua, te permito y te mando que me hagas castrar por quien quieras.
- MEGADORO: Por los dioses, Euclión, veo que, a pesar de mis canas y sin darte motivo, me tienes por persona apropiada para juegos.
- EUCLION: Nada de eso, Megadoro; aunque quisiera, yo no podría hacer juegos.
- MEGADORO: Bueno; ¿me concedes, por fin, la mano de tu hija?
- EUCLION: Con la dote que te dije.
- MEGADORO: ¿Das, pues, tu palabra?
- EUCLION: Sí.
- MEGADORO: Que los dioses nos sean propicios.
- EUCLION: Así sea; más no olvides lo que hemos convenido: que mi hija no lleva dote.
- MEGADORO: No lo olvido.
- EUCLION: Es que se como soleis enredar las cosas. Según os conviene, tenais lo pactado por no pactado y lo no pactado por pactado.
- MEGADORO: Ningún altercado tendremos. Pero ¿hay algo que impida que hoy celebremos la boda?
- EUCLION: Nada. Me parece muy bien celebrarla hoy.
- MEGADORO: Me voy a hacer los preparativos. ¿Se te ofrece algo?
- EUCLION: Estoy conforme. Adios.
- MEGADORO: (Alejándose) ¡Estrobilo! Sigueme en seguida al mercado.
- EUCLION: Ya se ha ido. Dioses inmortales, ¡cuán gran es el poder del oro! Estoy completamente seguro de que Megadoro ha oído hablar de la riqueza que tengo escondida y quiere devorarmela. Esa es la causa de que tanto se empañe en esta boda.

Escena VI

Euclion y Estafila

- EUCLION: ¿Dónde estas, charlatana, que has ido contando a todos los vecinos, que voy a dar dote a mi hija? (¡Estafila!) ¿No oyes que te llamo? (Sale Estafila de la casa de Euclion) Date prisa en lavar toda mi vajilla. Acabo de conceder la mano de mi hija a Megadoro, nuestro vecino.
- ESTAFILA: ¡Los dioses sean propicios! Pero no puede ser: es demasiado rápido todo esto.
- EUCLION: Calla y marchate. Cuando vuelva de la plaza, que encuentre todo a punto. Cierra bien; en seguida estaré de vuelta. (Vase)
- ESTAFILA: ¿Qué hacer ahora? Una desgracia terrible nos amenaza a la hija de mi amo y a mi. Se acerca el tiempo de que de a luz. Y se manifiesta la venguenza que hasta ahora hemos podido ocultar. En fin: vamos a cumplir las ordenes del amo para cuando vuelva. ¡Por Castor! Temo que to que beba este mezclado con disgustos.

Escena VII

Estrobilo, Antrax, Congrion

- ESTROBILO: Mi amo ha hecho compras y ha contratado unos cocineros y flautistas. Me ha encargado de que de todo haga dos partes iguales.
- ANTRAX: De mi no lo haras. Si quieres que preste algun servicio, tengo que ir todo entero.
- CONGRION: Delicado y pudoroso se presenta este granuja. Si alguien quisiese, ya se dejaria partir.
- ESTROBILO: Lo que he dicho, Antrax, no tiene el significado que tu aparentas darle. Mi amo se casa hoy.
- ANTRAX: ¿Con quién?
- ESTRO: Con la hija de Euclion, el vecino de al lado. Mando que se llevase la mitad de lo comprado, un cocinero y una flautista.
- ANTRAX: ¿Así que la mitad aquí (mostrando la casa de Euclion) y la otra mitad en vuestra casa?
- ESTRO: Como lo dices.
- ANTRAX: Pues que, ¿no podría ese viejo hacer el gasto que le corresponde ne en las bodas de su hija?
- ESTRO: Sí, si.
- ANTRAX: ¿Por qué no?
- ESTRO: ¿Eso me preguntas? Por que ese viejo es mas seco que la piedra pomez.
- ANTRAX: ¿Tanto como dices?
- CONGRION: ¿Es así?
- ESTRO: Tú mismo juzgaras! Es tal, que dice que esta completamente perdido y arruinado. En su socorro invoca a los dioses y a los hombres, si ve que sale humo del techo de su casa. Cuando se va a acostar se tapa la boca con un fuelle.
- ANTRAX: ¿Para qué?
- ESTRO: Para que no se pierda su aliento mientras duerme.
- ANTRAX: Y su boca trasera, ¿la tapa también para que nada se escape mientras duerme?
- ESTRO: Debes creerme, lo mismo que yo te creería a ti.
- ANTRAX: Sí, hombre, te creo.
- ESTRO: ¿Sabes, pues, otra cosa? Cuando se lava, llora por el agua que se le derrama,
- ANTRAX: ¿Crees tú que podríamos conseguir de él un gran talento para comprar nuestra libertad?
- ESTRO: Si le pidieses hambre en prestamo, no te la daría. Hace poco, el barbero le cortó las uñas y se llevó el los recortes.
- ANTRAX: ¡Por Polux! Me pintas la mezquindad en persona.
- ESTRO: ¿Me querrás creer lo miserable que es? El otro día un milano le quitó la comida. Corrió a casa del pretor y pidió con grandes lamentos que se instruyese proceso al milano. Mil cosas como esta te contaria si tuviesemos tiempo. Pero vamos a ver: ¿cuál de vosotros dos es más rápido?
- ANTRAX: Yo lo soy mucho más.
- ESTRO: Me refiero a rapidez para la cocina y no para raterias.
- ANTRAX: A la cocina me refiero yo.
- ESTRO: (A Congrion) Y tú, ¿qué dices?
- CONGRION: Yo soy lo que ves.
- ANTRAX: Ese es un coninero de los de dis de mercado. Tiene ocupación solamente cada nueve días.
- CONGRION: Tú, ladrón con todas sus letras, ¿te atreves a despreciarme?
- ESTRO: A ver si callais de una vez. (A Antrax) Coge el más grande de esos corderos y entralo en casa.
- ANTRAX: Comprendido.

- ESTRO: Tú, Congrion, coge el otro y llevalo a casa de Euclion. (Hace dos grupos de los que llevan las provisiones) Vosotros seguidme y vosotros venid.
- CONGRION: El reparto no está bien hecho: ellos se llevan el cordero mas gordo.
- ESTRO: Vosotros, en cambio, llevareis la flautista más gorla. Vete con él, Frigia, y tú, Eleusia, entra con nosotros.
- CONGRION: ¡Picaro Estrobilo! Conque ¡a mi me mandas a casa del viejo roñoso, en donde, si algo quiero estoy seguro de que me ha de desgañitar antes que me den nada?
- ESTRO: Eres un estúpido, y es tiempo perdido el hacerte favores. Cuanto se haga a hombres como tú, es cosa perdida.
- CONGRION: ¿Cómo es eso?
- ESTRO: Vaya una pregunta. Mira: en casa del viejo Euclion, por lo mismo que no hay tropel de criados, si quieres aprovecharte de algo, puedes, desde luego, tomarlo sin necesidad de pedirlo. Pero en nuestra casa hay gran confusión: muchos siervos, muebles, joyas, vestidos, vajilla de plata. Si se pierde algo (y bien se que tú solote puedes contener cuando nada tienes por delante), al momento se dirá: "Los cocineros han sido; cogedlos, atadlos, arrojadlos al pozo". Nada de esto puede ocurrirte allí, pues no tienes nada para robar. ¡Ea!, sigueme.
- CONGRION: Voy.

Escena VIII

Estrobilo, Estafila y Congrion

- ESTROBILLO: ¡Hola, Estáfila!... ¡Abre la puerta!
- ESTAFILA: ¿Quién llama?
- ESTRO: Estróbilo.
- ESTA: ¿Qué quieres?
- ESTRO: Que te ocupes de estos cocineros, de esta flautista y de estos manjares para preparar la comida de la boda. Megadoro me ha dicho que todo eso se entregase a Euclion.
- ESTA: ¿Son estas las bodas de Ceres, Estrobilo?
- ESTRO: ¿Por qué dices eso?
- ESTA: Porque no se ha traído ni una gota de vino.
- ESTROFILO: Ya lo traeran cuando vuelva Megadoro del mercado.
- ESTA: Mirad que no tenemos leña.
- CONGRION: ¿No teneis vigas?
- ESTA: Claro que sí.
- CONGRION: Pues entonces no tenemos que buscar fuera la leña.
- ESTA: ¿Qué dices, infame? Aunque seas devoto de Vulcano, para que ganes tu comida y tu salario, ¿es preciso que pegues fuego a nuestra casa?
- CONGRION: No pretendo tal cosa.
- ESTRO: (A Estafila) Dejalos entrar.
- ESTA: Seguidme.

Escena IX

Pitodico solo

- PITODICO: (Saliendo de casa de Megadoro.) ¡Cuidado! Mirad que yo mismo voy a examinar lo que los cocineros hagan. Verdad es que, para observarlos en un día como hoy, se necesitan cien ojos. Solamente si les mando cocinar en el sótano estaré seguro de ellos. De allí se pueden mandar arriba los platos en una cesta. Si se les deja comer a ellos mientras están preparando los manjares, los de arriba se quedan sin comer, en tanto que se hartan los de abajo. Pero estoy charlando sin fruto, como si no hubiera nada que hacer en una casa como esta, en donde hay tanto pillastre. (Vase.)

Escena X
Euclión y Congrión

- EUCLION:** (Sólo) Quise hay hacer un alarde y celebrar la boda de mi hija. Voy al mercado, pregunto por el precio del pescado y me piden un ojo de la cara. La carne de cordero, la de vaca o de ternera, el atún, el cerdo: todo por las nubes, y tanto más cuanto que yo no tengo dinero. Me marcó el mercado de la plaza irritado por no poder comprar nada y desahogándose en improperios contra aquella gentuza. Mas después he reflexionado por el camino y me he dicho: "El que lo prodiga todo en día de fiesta, es posible que no tenga que comer en día de trabajo." Después de esta prudente reflexión, hecha a mi estómago y a mis deseos, he resuelto celebrar la boda de mi hija con el menor gasto posible. He comprado un poquito de incienso y unas flores para honrar a nuestro dios Lar, presente en el hogar, a fin de que haga afortunado el matrimonio de mi hija. Pero... ¿qué estoy viendo? ¡Mi casa abierta! ¿Y ese estrépito que hay dentro? ¡Pobre de mí! ¿Me habrán robado?
- CONGRION:** (Dentro de la casa) Id y pedid, si es posible, una olla más grande en casa de algún vecino; esta es pequeña y no tiene suficiente capacidad.
- EUCLION:** (Aparte) ¡Ay! ¡Estoy perdido! Me han robado mi tesoro, y por eso hablan de "la olla". Muero si no voy allí al momento. Apálo, te lo ruego, auxiliame, protégeme, lanza tus dardos contra los ladrones de mi tesoro. Ya antes de ahora me favoreciste en una ocasión semejante. Pero... ¿qué hago? Perder el tiempo, en lugar de ir allí antes que mi ruina sea completa. (Entra en su casa).

Escena XI

Antrax solo.

- ANTRAX:** (Saliendo de casa de Megadoro) Dromón quita la escama al pescado; tú, Maqueriód, levanta el pellejo al congrio y a la murena y quítales las espinas, mientras estoy fuera. Voy aquí cerca a buscar una tartera; se la pediré a Congrión. Desplúmame bien ese gallo y déjamelos como un lidio recién afeitado. Pero, ¿qué son esos gritos en casa del vecino? Sin duda, los cocineros están haciendo alguna de las suyas. Vuelvo a entrar, no sea que aquí se arme un alboroto semejante.

Escena XII

Congrión solo

- CONGRION:** (Saliendo de casa de Euclión) Ciudadanos, compatriotas, gente de la ciudad y de sus alrededores, extranjeros: hacedme sitio, dejadme las calles libres para escapar. En mi vida he trabajado en una cocina que es un burdel furioso. ¡Cómo me han molido a palos a mí y a mis pinches! Tengo el cuerpo deshecho, estoy medio muerto. Ese maldito viejo ha tomado mi cuerpo por un gimnasio en que ejercitarse. Jamás he visto repartir palos con mayor liberalidad. ¡Buena ración hemos llevado todos antes que se nos echase de la casa! Pero..., ¡por Hércules!, ¡estoy perdido, otra vez aparece el viejo frenético! Ya está aquí, me sigue, y sé para qué; él mismo me lo ha enseñado. (Echa a correr.)

Escena XIII

Euclión y Congrión

- EUCLION:** (Gritando) Deténte. ¿Adónde vas? ¡Sujetadle!
- CONGRION:** ¿Qué voces son esas, tonto!
- EUCLION:** Pienso denunciarte ante los triunviros.
- CONGRION:** ¿Por qué?
- EUCLION:** Porque tienes un cuchillo.
- CONGRION:** Es instrumento propio de un cocinero.
- EUCLION:** ¿por qué me amenazaste?
- CONGRION:** En eso creo haberme equivocado, pues no te rajé de abajo a arriba.
- EUCLION:** En mi vida he visto granuja mayor que tú, ni a nadie aplastaría yo con más gusto.
- CONGRION:** No tienes necesidad de decirlo; bien lo han demostrado los hechos. Tu garrote me ha puesto más ligero que un danzarín. Pero ¿con qué derecho me has pegado, vil pordiosero? ¿Qué tienes tú que ver comaigo?

- EUCLION: ¿Te atreves a preguntármelo? ¿Es qué te he dado menos de lo que merecías?
- CONGRION: Déjame. Pero te aseguro que te saldrá caro, si esta cabeza no ha perdido el sentido.
- EUCLION: No sé lo que ocurrirá después; pero por ahora tu cabeza lo siente. (Lo golpea.) ¿Qué tenías que hacer en mi casa durante mi ausencia? Quiero saberlo.
- CONGRION: ¡Calla! Venimos de guisar la comida de la boda.
- EUCLION: ¿A tí, bribón, qué te importa que yo tome la comida guisada o cruda? ¿eres acaso mi tutor?
- CONGRION: Pues yo también. Quiero saber de una vez si deseas o no que te preparemos la cena.
- EUCLION: Y yo quiero saber si quedarán incólumes las cosas de mi casa.
- CONGRION: ¡Ojalá sacase yo sanos los utensilios que he traído! No quiero más ni deseo nada tuyo.
- EUCLION: (Con ironía.) Ya lo sé; no necesitas decírmelo.
- CONGRION: ¿Por qué, pues, nos impides preparar la cena? ¿Qué hemos hecho o dicho contra tu voluntad?
- EUCLION: ¿Y me lo preguntas tú, bribón? ¿Tú, que andas recorriendo todos los rincones de mi casa y dejándolo todo abierto? Si hubieras estado al lado del fogón, como era tu obligación, no estarías ahora con chichones en la cabeza. Has recibido lo que mereces. Ya conoces mi resolución: si te acercas más a esta puerta sin que yo lo mande, te he de castigar con el mayor rigor. Ya sabes cuál es mi decisión. (Entra en su casa.)
- CONGRION: Pero ¿adónde vas? Vuelve,. Por la protección de Laverna, si no me devuelves todos mis utensilios, te armaré una buena gritería ante tu puerta. ¿Qué otra cosa puedo hacer ahora? Con malos auspicios he venido a esta casa. Más dinero del contratado he de pagar al médico para que me cure.

Escena XIV

Euclión y Congrión

- EUCLION: (Sale, llevando en sus manos la olla) Adondequiera que yo vaya, has de venir conmigo, y no te dejaré expuesta a tantos peligros. (Dirigiéndose a Congrión y a sus pinehes) Entrad todos ya, cocineros y flautistas, con toda esa turba de esclavos. Cocinad, trastead y daos toda la prisa que queráis.
- CONGRION: A buena hora, después que me ha magullado la cabeza.
- EUCLION: Entrad de una vez. Aquí habéis venido a trabajar y no a charlar.
- CONGRION: ¡Vaya con el viejo! Entonces deberíamos pedir un sobresueldo por los palos que nos has dado, pues habíamos venido para guisar y no para ser vapuleados.
- EUCLION: Me citas ante los tribunales; pero no me importunes. ¡Hala! A preparar la cena, o fuera de aquí, y vete al diablo.
- CONGRION: Vete tú si quieres.

Escena XV

Euclion solo

- EUCLION: (Apretando en sus brazos la olla) Ya se marchó. Dioses inmortales, ¡qué audacia la del pobre que se atreve a relacionarse con un rico! Ahí tenéis a Megadoro: ha fingido enviar, por cconconsideración hacia mí, estos cocineros; pero la verdadera causa de enviarlos es para que me roben y arruinen. Hasta el gallo, propiedad de mi vieja esclava, parecía que también quería perderme, pues comenzó a escarbar con sus patas precisamente donde yo tenía mi tesoro. ¿Qué haces? De tal modo me irrité, que cogí un palo y dejé en el sitio al gallo ladrón, cogido en el delito. Juraría que esos pillastres le habrían prometido alguna recompensa si él descubría mi tesoro. Mas ya les he quitado el arma de sus manos. A todo esto..., ¿para qué tanta conversación? La muerte del gallo ha terminado el asunto. Pero he aquí a Megador, mi futuro yerno, que sin duda regresa del mercado. No puedo dejarlo pasar sin pararle y hablar con él algunas palabras.

MEGADORO: (Sin ver a Euclión.) A muchos amigos he manifestado mi proyecto, y todos me alaban las cualidades de la hija de Euclión, me aseguran que he hecho una buena elección. Según mi parecer, si los demás hiciesen lo propio, si los hombres de posición eligiesen para esposas y sin dote a las hijas de los pobres, habría mayor armonía en la sociedad, y nosotros, los ricos, seríamos menos envidiados de lo que somos. Temerían las mujeres dar un paso en falso más de lo que ahora lo temen, y nosotros no tendríamos que consentirlas tanto boato. Esta costumbre sería la más provechosa para todos, no encontraría oposición sino en un insignificante número de personas ávidas e insaciables, cuya codicia no reconoce ni ley, ni tutor, ni freno. Se dirá: "Si semejante privilegio se estableciese en favor de las jóvenes sin fortuna, ¿con quiénes se habrían de casar las hijas de los ricos, que aportan dote?" Que se casen con quien quiera, con tal que vayan sin dote. Si se hiciese así, ya ellas procurarían llevar como dote mejores costumbres que las que hoy llevan al matrimonio. De esta suerte me comprometo a que los mulos, que hoy se pagan más que los caballos, se vendiesen más baratos que los jamelgos gálicos.

EUCLION: (Aparte.) ¡Qué los dioses me protejan tanto como me encanta el oírle! ¡Qué bonitamente defiende la economía!

MEGADORO: Ninguna mujer diría entonces a su marido: "Yo te he traído una dote mayor que todo tu capital: es justo, pues, que me des trajes de púrpura, doncellas, joyas, mulos, cocheros, esclavos, lacayos y coches para pasearme."

EUCLION: (Aparte) ¡Qué bien conoce las pretensiones de nuestras matronas! Quisiera que le nombrasen perfecto de las mujeres.

MEGADORO: Hoy día, en cualquier hotel de la ciudad hay más carruajes que en una granja de campo. Pero esto es poco si se considera cuántas otras cosas hay en qué gastar el dinero, el batanero, el bordador de oro, el platero, el lanero y un tropel de mercaderes. Además, los guarnicioneros, los camiseros, tintoreros de diversos colores, manguiteros, perfumistas, quincalleros y zapateros de todas las clases, todos van a tu puerta a cobrar; lo mismo el que vende cuellos que el que vende fajas. Cuando ya has pagado a unos y se retiran, vienen otros cien mil y hacen guardia en el zaguán: tejedores, guarnicioneros, pasamanero todos cobran. ¿Crees que has terminado de pagar? Pues faltan aún los tintoreros o cualquier otro que viene a pedir.

EUCLION: (Aparte.) Le hablaría, si no temiese interrumpir tan precioso razonamiento, sobre las costumbres de las mujeres. Dejémosle que siga.

MEGADORO: ¿Qué sucede después? Que cuando os dejan en paz los expendedores de bagatelas, viene un soldado a reclamar el impuesto militar. Entonces tenéis que ir a ajustar cuentas con vuestro banquero, y entre tanto el pobre soldado se queda esperando con el estómago vacío y pensando que se le pagará. Cuando habéis ajustado las cuentas, resulta que debéis aún a vuestro banquero y hay que decir al soldado que vuelva otro día a cobrar. Estos y otros muchos inconvenientes y gastos intolerables vienen con los grandes dotes. La esposa que nada tiene depende de su marido: las mujeres con dote nos sacrifican y arruinan. Mas ahí veo a mi futuro suegro en la puerta de su casa. ¿Qué tal sigues, Euclión?

EUCLION: He escuchado con gran agrado tu discurso.

MEGADORO: Pero, ¿me has oído?

EUCLION: Desde el principio hasta el fin.

MEGADORO: Con todo, creo que harías bien en presentarte con mayor pulcritud a la boda de tu hija.

EUCLION: Saber acomodar la pulcritud a los propios haberes es recordar el origen de uno. Para mí, Megadoro, lo mismo que para cualquier otro pobre, no hay en mi casa más que lo que todos ven.

MEGADORO: Sí que tienes, y quieran los dioses conservarte lo que tú posees ahora.

EUCLIÓN: (Aparte.) Ninguna gracia me hace esa frase "lo que tú posees ahora". Sabe tanto como yo. Sin duda, la vieja se lo ha dicho.

MEGADORO: ¿Qué es lo que estás hablando a solas?

EUCLION: Pensaba hacer justas inculpaciones.

MEGADORO: ¿Cómo así?

EUCLION: ¿Me lo preguntas? Has llenado todos los rincones de mi casa de ladrones que me arruinan. Has introducido en mi casa a quinientos cocineros con seis manos cada uno, como si fuesen de la raza de Gorión. El mismo Argos todo ojos, puesto por Juno para guardar a Io, no hubiera podido vigilar-

los. Además, la flautista, capaz de beberse ella sola la fuente de Pirene en Corinto, si en vez de agua tuviese vino. Y ¡qué manera de comer!...

- MEGADORO: Te envié provisiones como para una legión hasta un cordero.
- EUCLION: Ya lo sé; nunca he visto cordero más raquíptico.
- MEGADORO: ¿Cómo raquíptico?
- EUCLION: Pues porque solo es piel y huesos; un verdadero esqueleto, al que se le pueden ver las entrañas al trasluz; en fin: es transparente como una linterna de Cártago.
- MEGADORO: Lo mandé traer para matarlo.
- EUCLION: Mejor dirías que para enterrarlo, pues creo que ya habrá muerto.
- MEGADORO: Euclión, deseo beber hoy contigo.
- EUCLION: No pienso beber en el día de hoy.
- MEGADORO: Mandaré que te lleven un tonel de vino añejo.
- EUCLION: No, gracias; hoy no he de beber más que agua.
- MEGADORO: Por mi vida, te he de dejar hoy bien remojado de vino generoso, a pesar de tu propósito de no beber más que agua.
- EUCLION: (Aparte.) Ya sé lo que intenta: se propone anagarme en vino, para luego desenterrar mi olla y hacerla mudar de domicilio. Ya tomaré mis preocupaciones. Voy a ocultar mi tesoro fuera de la casa, de suerte que perderá el vino y el trabajo.
- MEGADORO: Si no mandas nada, voy a bañarme antes que hagamos el sacrificio. (Vase)

Escena VI

Euclion solo.

- Euclion: ¡Por Pólux, mi pobre olla!... ¡Cuántos enemigos conjurados contra tí y contra el oro que guardas! Lo mejor que puedo hacer es llevarte al templo de la Buena Fe. En él te dejaré bien guardada. ¡Oh Buena Fe! Yo te conozco, y tú a mí también. No vayas a desmentir tu nombre, ya que a tí plenamente me confío. A ti me dirijo lleno de confianza.

Acto Cuarto

Escena I

Estrófilo solo

- ESTROFILO: Deber es de un buen esclavo hacer lo que yo hago: cumplir las órdenes de su dueño con buena voluntad y sin demora. El esclavo que quiere servir cumplidamente a su dueño ha de apresurarse a cumplir los encargos que le haga y los antepondrá a sus propios asuntos. Si ganas de dormir tiene, que lo haga, pero pensando que es un esclavo. El que sirve a un amo enamorado, como ahora lo está el mío, si ve que el amor domina a su dueño, debe, según creo, contenerle por su bien, y no empujarle hacia donde su pasión le inclina. Como a los niños que aprenden a nadar se les ponen balsas de juncos entrelazadas para que se fatiguen menos, y para que naden y meuvan sus manos más libremente, así juzgo que ha de hacer el buen siervo con su amo enamorado. Así podrá sostenerle e impedir que se vaya al fondo. Es indispensable que el esclavo, lo mismo que los augures, adivine con un golpe de vista la voluntad de su amo, que debe conocer por sus gestos. Debe realizarla superando en velocidad a las más veloces cuadrigas. El que tenga en cuenta todo esto, no tenga miedo a correas, ni dará lustre a cadenas a fuerza de llevarlas. Mi dueño esta perdidamente enamorado de la hija de ese pobre Euclión. Acaba de saber que está prometida en matrimonio a Megadoro y me envía para que observe, y le entere de lo que aquí pasa. Voy, pues, para no despertar sospechas, a sentarme junto a ese altar. Desde allí veré lo que acontece en un lado y en otro. (Pausa.)

Escena II

Euclión y Estrófilo

- EUCLION: (Saliendo del templo y sin ver a Estrófilo) ¡Oh Buena Fe! Procura bien bien no dejar ver a nadie que aquí se encuentra mi oro. Por mi parte no temo que nadie lo descubra, pues queda bien escondido. ¡Por Pólux, buena presa haría quien encontrase una olla llena de oro! Te suplico,

Buena Fe, que no lo permitas. Ahora me voy a lavar, para luego celebrar el sacrificio y no hacer esperar más a mi yerno. Así en seguida podrá venir a llevarse a mi hija. ¡Oh diosa!, vela y vigila; haz que, cuando vuelva, encuentre mi querida olla sana y salva. Te he confiado mi tesoro, excelsa diosa; en tu bosque y sagrado templo lo he depositado. (Vase.)

ESTROFILO: (Saliendo de un escondite) ¡Dioses inmortales! ¿qué oigo decir a este hombre? Le oí hablar de una olla llena de oro que acaba de esconder en este santuario. Buena F, no seas más fiel con él que conmigo. Si no me engaño, es el padre de la joven de quien mi amigo está enamorado. Voy a entrar y a registrar el templo, a ver si en algún lugar encuentro ese oro mientras el viejo presta atención a otras cosas. Si encuentro el tesoro, ¡oh diosa!, te ofrezco una cántara de un congio de vino dulce como la miel. Por mi parte, también yo beberé un buen trago. (Entra en el templo.)

Escena III

Euclión solo.

EUCLION: (Volviendo nuevamente) No sin motivo acaba de dejarse oír el cuervo a mi izquierda. Al mismo tiempo escarbaba la tierra graznando de manera extraña. El corazón me da saltos y parece que se me quiere salir del pecho. No puedo detenerme; voy al momento.

Escena V

Euclión y Estrófilo.

EUCLION: (Cogiendo por el cuello a Estrófilo) ¡Fuera de aquí, hombriz! Parece que acabas de salir de la tierra, pues hace un momento no te veía. Ahora te veo para tu desgracias. ¡Por Pólux, te haré pagar bien caras tus granujerías.

ESTROFILO: ¿Qué locura te atormenta? ¿Qué tengo yo que ver contigo? ¿Por qué me atropellas, empujas y golpeas?

EUCLION: ¿Y me lo preguntas, maldito? Ladrón y requeteladrón.

ESTROFILO: ¿Qué es lo que te he robado?

EUCLION: Devuélvemelo.

ESTROFILO: ¿Qué te tengo que devolver?

EUCLION: ¿Eso me preguntas?

ESTROFILO: No nada te he quitado.

EUCLION: Pues dame pronto lo que me has quitado, ¿No te decides?

ESTROFILO: ¿Qué haré?

EUCLION: No tienes derecho a llevártelo.

ESTROFILO: Pero ¿qué es lo que quieres?

EUCLION: Pon eso ahí y déjate de bromas, que no estoy para chistes.

ESTROFILO: Pero ¿qué he de poner? Nombra lo que sea, que yo no he quitado ni todado nada tuyo.

EUCLION: Enseñame las manos.

ESTROFILO: Mirala.

EUCLION: A ver, a ver.

ESTROFILO: Ya las ves.

EUCLION: Las veo, enseña la otra.

ESTROFILO: Los malos espíritus y las furias han trastornado a este hombre, ¿No es esto inferirme una injuria?

EUCLION: Desde luego, y muy grande, puesto que no estas ahorcado. Pero lo estarás si no, confíasas.

ESTROFILO: ¿Qué es lo que tengo que confesar?

EUCLION: ¿Qué has robado aquí?

ESTROFILO: ¿Qué me muera si te he quitado o si he querido quitarte algo.

EUCLION: ¡Ea! sacude la capa.

ESTROFILO: Como quieras.

EUCLION: Veamos si tienes algo entre las vestiduras.

ESTROFILO: Registra como quieras!

- EUCLION: Con qué dulzura habla este bribón para que yo crea que no ha robado. Conozco esas marullerías. ¿Ea? Enseña la mano derecha.
- ESTROFILO: Aquí está.
- EUCLION: Ahora enseña la izquierda.
- ESTROFILO: Enseño las dos.
- EUCLION: No miro más! devuélvemelo.
- ESTROFILO: ¿El qué?
- EUCLION: Te estás burlando. Bien se que lo tienes.
- ESTROFILO: Pero que es lo que tengo?
- EUCLION: No te lo diré, aunque desees saberlo. Lo que tienes mío dámelo.
- ESTROFILO: Estas loco. Me has registrado y nada tuyo me has encontrado.
- EUCLION: Aguarda. ¿Quién era el que estaba contigo? ¡pobre de mí! Estará revolviendo todo ahí dentro. Si dejo a este, el otro se me escapará. A fin de cuentas, a este lo he registrado bien y nada tiene. (A Estrofilo) ¿Ea? Vete adonde quieras.
- ESTROFILO: ¡Qué los dioses te confundan!
- EUCLION: ¡Vaya una manera de dar las gracias! Voy a entrar en el templo, y a ese compañero tuyo le voy a retorcer el pescuezo. ¡Fuera de mi vista! ¿Te vas o no?
- ESTROFILO: Ahora mismo.
- EUCLION: Que no te vuelva a ver. (Entra en el Templo.)

Escena V

Estrofilo solo

- ESTROFILO: Preferiría morir malamente antes de dejar de jugarle una mala pasada a ese viejo; me parece que ya no seguirá escondiendo el tesoro en el mismo sitio; se lo llevará a otra parte. Rechina la puerta... Es que sale el viejo con su tesoro. Me apartaré un poco.

Escena VI

Euclion y Estrofilo

- EUCLION: (Sale con su olla sin ver a Estrofilo)
Muy grande confianza había puesto yo en la Buena Fe y poco ha faltado para que me tizne el rostro. Si el cuervo no viene a mi auxilio, estoy perdido. Me gustaría que el mismo cuervo volviese por aquí para darle las gracias por el aviso que me dió. De comer no le daría nada, porque que se da se pierde. Ahora tengo que buscar un lugar oculto para esconder la olla. El bosque de Silvano, en las afueras, es sitio retirado, bien poblado de sauces; elegiré ese sitio. ¡Mejor es que me fié de Silvano que de la Buena Fe! (Vase.)
- ESTROFILO: Perfectamente; los dioses miran por mí. Voy corriendo a subirme a un árbol desde donde pueda ver el lugar en que el viejo esconde su olla. Aunque esto me acarree algún daño, no dejaré escapar la ocasión.

Escena VII

Liconides, Eunomia y Fedra

- LICONIDES: Madre, ya te lo he dicho. Estas enterada como yo mismo de cuanto se refiere a la hija de Euclión. Te ruego y suplico lo que ya antes te he suplicado: Que hables con mi tío.
- EUNOMIA: Sabes muy bien hijo mío, que lo que tu quieres lo quiero también yo, y tengo confianza en que tu tío consentirá, pues la causa es justa, si es cierto, como afirmas, que esa muchacha fue víctima de tu violencia cuando estabas embriagado.
- LICONIDES: ¿Iba yo a mentirte?
- FEDRA: (Desde dentro) Ama, auxiliame; me muero de dolor. ¡Juno Lucina, piedad!
- LICONIDES: ¿Oyes, madre? Esos gritos de dolor te demuestran que va a dar a luz.
- EUNOMIA: Ven a casa de mi hermano, para que consigamos lo que pides.

LICONIDES: Voy, madre. (Eunomia sale.) Es extraño que no encuentre aquí a Estrófilo, mi siervo; le ordené que me esperase aquí mismo. Pero, pensándolo bien, si el pobre me está ayudando en otro sitio, no es justo que me irrite contra él. Vamos dentro, que ahí es donde se decide mi suerte. (Entra en casa de Megadoro.)

Escena VIII

Estrófilo solo

ESTROFILO: (Llega corriendo con la olla de Euclión en la mano.) Ya soy más rico que todos los grifos poseedores de las montañas de oro. Los reyes a mi lado son pobres mendigos. Yo soy ahora el propio rey Filipo. ¡Buen día para mí! Como me di prisa, desde la copa del árbol vi donde el viejo escondía su oro. Tan pronto como se fue, bajé del árbol, saqué la olla llena de oro y me fijé en la dirección del viejo; él no me vió, pues me aparté del sendero. Pero... ahí viene otra vez. Voy volando a ocultar en mi casa esta fortuna. (Vase.)

Escena IX

Euclión y Licónides

EUCLION: ¡Estoy perdido! ¡Estoy puerto! ¡Me ha matado! ¿Qué camino tomaré? ¡Al ladrón, al ladrón! ¿Dónde está? No sé, no veo nada. Voy como ciego y no puedo saber adónde voy, en dónde estoy ni quién soy. Por favor, decíme quién ha robado mi olla. (Al público.) Tú, ¿qué me dices? ¿Quiero creerte, pues parece ser hombre honrado. Pero, ¿por qué os reís? Os conozco perfectamente a todos; se que aquí hay muchos que ocultan su iniquidad bajo esos blancos trajes y tiene aspecto de gentes de bien. Pero... ¿nadie de estos lla tiene? ¡Estoy perdido! ¡Dime quién la tiene! ¡Pobre de mí! Mi desgracia es completa, y para nada me ha servido el arreglarla. Este día no me ha traído más que tristezas, llantos, hambre y pobreza. En toda la tierra, no hay un ser más desgraciado que yo. ¿Para qué quiero vivir ya después de haber perdido tan grandes riquezas que con tanta diligencia custodiaba? Me he privado de lo más necesario, he sacrificado mis gustos y mis inclinaciones, y ahora otros se regalan a expensas mías con lo que yo había ahorrado; todo para mi desgracia. ¡No puedo sufrir todo esto!

LICONIDES: ¿Quién es este que así se lamenta y llora sin consuelo en nuestra puerta? Es Euclión, no hay duda; estoy, pues, perdido. Sin duda sabe que su hija ha dado a luz. ¿Qué partido deberé yo tomar ante esto? ¿Debo irme o quedarme? ¿Le hablaré o evitaré su encuentro? Realmente no sé qué hacer.

Escena X

Euclion y Licónides

EUCLION: ¿Quién habla ahí?

LICONIDES: Yo, un desdichado.

EUCLION: El desdichado en todo soy yo, con quien todas las desgracias juntas van a acabar.

LICONIDES: Ten buen ánimo.

EUCLION: ¿Cómo es posible que lo tenga?

LICONIDES: El hecho que atormenta tu espíritu es obra mía; lo confieso.

EUCLION: ¿Qué es lo que oigo?

LICONIDES: La verdad.

EUCLION: ¿Qué mal te hice yo, joven, para que obras así para mi desgracia y la de mis hijos?

LICONIDES: Un dios me impulsó y me atrajo hacia ella.

EUCLION: ¿Cómo es eso?

LICONIDES: Confieso que falté y que soy digno de castigo; por eso vengo a suplicarte que seas benévolo y me perdones.

EUCLION: ¿Cómo te atreviste a tocar lo que no te pertenecía?

LICONIDES: ¿Qué quieres? El mal está ya hecho y no puede deshacerse. Yo creo que los dioses lo dispusieron así, pues, si ellos no hubiesen querido, no hubiera ocurrido.

EUCLION: También creo que los dioses quieren que yo te haga ahorcar.

- LICONIDES: No digas eso.
- EUCLION: ¿Por qué tocaste cosa mía contra mi voluntad?
- LICONIDES: La culpa la tuvieron el amor y el vino.
- EUCLION: ¡Sinvergüenza! ¿Tú crees que a mí se me puede engañar con semejante razones? Si eso fuera motivo de disculpa, se podría robar las joyas a una matrona en pleno día; después, al ser detenido el ladrón, se se podría disculpar diciendo que estaba borracho y enamorado. Bien viles serían el vino y el amor, si por ellos el borracho y el amante pudiesen impunemente hacer cuanto quisiesen.
- LICONIDES: Con todo, yo mismo he venido a suplicarte que perdones mi falta.
- EUCLION: Detesto a todos los que obran mal y luego vienen exausándose. Tú bien sabías que ella no te pertenecía, y, por lo mismo, debiste dejarla intacta.
- LICONIDES: Pero, ya que tuve aquel atrevimiento, no pido otra cosa sino quedarme con ella.
- EUCLION: ¿Te quedarás con una cosa mía contra mi voluntad?
- LICONIDES: Nada quiero contra tu voluntad. Solo te digo que creo conveniente que me la concedas a mí.
- EUCLION: Si no me entregas...
- LICONIDES: ¿Qué quieres que te entregue?
- EUCLION: Lo que me robaste. Te juro que te demandaré ante el pretor.
- LICONIDES: ¿Qué te he robado Yo? ¿Dónde? ¿Cómo?
- EUCLION: (Con ironía) ¡Qué Júpiter me proteja lo mismo que tú lo ignoras!
- LICONIDES: Por lo menos tienes que decirme qué es lo que reclamas.
- EUCLION: Te exijo mi olla llena de oro... la que tú mismo acabas de confesar que me has robado.
- LICONIDES: ¿Yo? Ni he dicho ni he hecho cosa semejante.
- EUCLION: ¿Lo niegas?
- LICONIDES: Por completo. Nada sé de semejante oro, ni qué olla es esa.
- EUCLION: La que me robaste en el bosque de Silvano. ¡Ea!, devuélvemela. La dividiré contigo. Aunque tú hayas sido para mí un ladrón, no quiero hacerme desagradable al ladrón. Vete al momento a traerme mi olla.
- LICONIDES: Estás loco, pues no tratas de ladrón. Creía, Euclión, que te habías enterado de otro asunto que se refiera a mí. Es cosa importante y deseo exponértela con tranquilidad y cuando tengas tiempo de oírme.
- EUCLION: Dime la verdad, ¿no robaste mi oro?
- LICONIDES: Te juro que no, por mi honor.
- EUCLION: ¿Sabes quién me lo ha robado?
- LICONIDES: Palabra que no.
- EUCLION: Si lo llegases a saber, ¿me dirás quién ha sido?
- LICONIDES: Sí.
- EUCLION: ¿No harás partes con el ladrón ni lo encubrirás?
- LICONIDES: No.
- EUCLION: ¿Y si faltas a tu palabra?
- LICONIDES: ¡Qué el soberano Júpiter haga de mí lo que quiera.
- EUCLION: Basta con esto. Dime. ¿qué es lo que querías?
- LICONIDES: Conoces a mi familia; Megadoro es mi tío; mi padre era Antímaco; yo, Licónides y Eunomía mi madre.
- EUCLION: Os conozco a todos. ¿Qué es lo que te trae?
- LICONIDES: Tienes una hija...
- EUCLION: Es verdad, en casa está.
- LICONIDES: Según creo, la has prometido a mi tío.
- EUCLION: Todo ello es cierto.
- LICONIDES: Pues bien, mi tío me encarga decirte que renuncia a su mano.

- EUCLION: ¿Qué renuncia? Ahora que están hechos todos los preparativos para la boda? ¿Que los dioses y las diosas le den su merecido! Por su culpa he perdido yo mi fortuna. ¡Pobre de mí!
- LICÓNIDES: Ten buen ánimo; no le maldigas. Tal vez este suceso sea para tu bien y el de tu hija. Así debes suplicarlo a los dioses.
- EUCLION: Ellos lo hagan.
- LICÓNIDES: Que sean propicios para mí. Ahora, escúchame. No hay hombre tan vil que no se avergüence, que no quiera disculparse de una falta que haya cometido. Te ruego, pues, que si sin sanocerlo le he ofendido a ti y a tu hija, me perdones y me la concedas por esposa. Confieso que falté con tu hija en la velada de Ceres, pero ello fue efecto del vino y del apasionamiento de la juventud.
- EUCLION: ¡Ay de mí! ¿Qué fechoría te estoy oyendo contar?
- LICÓNIDES: No tienes por qué llorar. Te he hecho abuelo para que asistas como tal a la boda de tu hija, pues ha dado a luz en el décimo mes; echa la cuenta. Por eso mi tío renuncia a ella en mi favor. Entra en tu casa y verás que todo es tal como te lo digo.
- EUCLION: ¡Pobre de mí! Todas las desgracias se conjuran para mi daño. Voy a entrar y a conocer por mí mismo la verdad.
- LICÓNIDES: Iré contigo. (Aparte.) Este asunto está próximo a un feliz desenlace. No imagino dónde podrá estar Estrófilo, mi esclavo. Esperaré un poco más y acompañaré a Euclión. El mientras podrá averiguar, por su vieja sirvienta, todo cuanto ha sucedido.

ACTO QUINTO

Escena Primera
Estrófilo y Licónides

- ESTROFILO: ¡Dioses inmortales! ¡Cuán grandes y cuántos placeres tengo encerrados en esta olla que contiene cuatro libras de oro! ¿Hay en Atenas alguien más rico que yo y más favorecido por los dioses?
- LICÓNIDES: Me parece haber oído una voz aquí cerca...
- ESTROFILO: ¿No es mi amo ese a quien veo?
- LICÓNIDES: ¿No es mi siervo Estrófilo?
- ESTROFILO: El mismo.
- LICÓNIDES: Es él.
- ESTROFILO: Voy a hablarle.
- LICÓNIDES: Apresuraré el paso. Supongo que, según mis órdenes, habrá hablado con la vieja nodriza de Fedra.
- ESTROFILO: (Aparte.) ¿Le contaré mi hallazgo? ¿Por qué no? Voy a contárselo todo y a pedirle la libertad. (A Licónides) He encontrado...
- LICÓNIDES: ¿Qué es lo que has encontrado?
- ESTROFILO: Nada de eso que los niños encuentran en las hadas, cuando gritan "Yo he encontrado..."
- LICÓNIDES: ¿Empiezas ya con bromas según tu costumbre?
- ESTROFILO: Me explicaré; escucha.
- LICÓNIDES: Habla de una vez.
- ESTROFILO: He encontrado hoy una inmensa riqueza.
- LICÓNIDES: ¿Dónde?
- ESTROFILO: Una olla llena de oro que pesa cuatro libras.
- LICÓNIDES: ¿Qué estás diciendo?
- ESTROFILO: Se la he quitado al viejo Euclión.
- LICÓNIDES: ¿Dónde tienes ese oro?
- ESTROFILO: En mi arca. Quiero comprar mi libertad.
- LICÓNIDES: ¡Granuja! ¿Piensas que te lo voy a consentir?
- ESTROFILO: Vaya, señor... Ya sé tus deseos. Con habilidad los he averiguado. Ya te preparabas a quitarme el oro. ¿Qué harías si lo hubieses encontrado?

- LICONIDES: Devuelve ese oro. No me vengas con socarronerías.
- ESTROFILO: ¿Qué devuelva el oro?
- LICONIDES: Sí; te digo que lo devuelvas a su dueño.
- ESTROFILO: ¿Y de dónde lo sacaré?
- LICONIDES: Del arca, donde hace poco confesaste que lo tenías,
- ESTROFILO: ¡Por Hércules! Todo esto es una broma mía.
- LICONIDES: ¿Sabes lo que te espera?
- ESTROFILO: Aunque me mates, no me lo has de sacar.
- LICONIDES: Quieres o no, te lo sacaré; te haré atar y colgar. Pero ¿por qué no le aprieto el cuello a este pillastre? ¿Me das la olla?
- ESTROFILO: Bien, te la daré.
- LICONIDES: Dámela inmediatamente.
- ESTROFILO: Déjame recobrar el aliento. ¿Qué es lo que quieres que te dé?
- LICONIDES: ¿Acaso lo ignoras, bribón? ¿Te atreverás a negar, cuando me has dicho hace un momento que habías robado una olla con cuatro libras de oro? ¿Qué vengan los azotadores!
- ESTROFILO: Dos palabras....
- LICONIDES: No hay palabra que valgan. ¡Los azotadores! ¡Pronto!

Escena II

Liconides, Estrófilo y Azotadores

- AZOTADORES: ¿Qué quieres?
- LICONIDES: Que preparéis unas cadenas.
- ESTROFILO: Escúchame un momento y después podrás condenarme, si quieres.
- LICONIDES: Escucho, pero di pronto todo lo que tengas que decir.
- ESTROFILO: Si mandas que me atormenten hasta darme muerte, ¿qué conseguirás con ello? Por lo pronto, perderás un esclavo y no conseguirás lo que deseas. En cambio, si me ofreces la libertad, conseguirás de mí todo lo que quieras y tus deseos se verán cumplidos. La Naturaleza a todos nos hizo libres y por instinto todos apetecemos la dulce libertad. El más afrentoso de los males es la esclavitud; por eso Júpiter hace esclavos a los mortales a quienes aborrece.
- LICONIDES: Ciertamente no discurre mal.
- ESTROFILO: Pues atiende a lo que queda. Nuestra época ha producido señores excesivamente avaros; verdaderos Harpagonés, Harpías y Tántalo! Son pobres en medio de la opulencia y se mueren de sed en medio del vasto Océano; para ellos no hay riquezas suficientes; ni las de Cresos o Midas, ni todos los tesoros de Persia bastarían para saciar el ansia infernal de tales señores. Se comportan inicualemente con sus miseros siervos y los siervos les responden con la misma iniquidad. Esos viejos cierran con mil llaves las bodegas, la despensa y las alacenas. Hay esclavos rapaces y astutos que son capaces de hurtar lo que a duras penas dan sus dueños a los hijos legítimos. Hacen mil rapiñas que nunca confiesan y burlándose y riendo se desquitan de la dura esclavitud. De aquí deduzco que sola la libertad es la que hace fieles a los esclavos.
- LICONIDES: Has hablado bien, aunque no brevemente, como prometiste. Si te concedo la libertad, ¿me entregarás el oro?
- ESTROFILO: Te lo entregaré, pero todo ante testigos.
- LICONIDES: Vengan si quieren cien testigos; no me importa.
- ESTROFILO: ¡Eunomia! ¡Megadoro! Venid, por favor,. En seguida os podréis marchar.

Escena III

Los mismos, Megadoro y Eunomia

- MEGADORO: ¿Nos llaman? ¿Qué hay, Liconides?
- EUNOMIA: ¿Qué pasa, Estrófilo?

- ESTROFILO: Se os llama para que seáis testigos. Si yo traigo a este sitio una olla llena de oro, de cuatro libras de peso, y se la entrego a Licónides, él me concederá la libertad. (A Licónides) ¿Me lo prometes?
- LICONIDES: Te lo prometo.
- ESTROFILO: (A Megadoro y a Eunomia) ¿Oís bien lo que ha dicho?
- MEGADORO: Lo hemos oído.
- ESTROFILO: (A Licónides) Pues júralo por Júpiter.
- LICONIDES: (Aparte) ¡A qué cosas me obliga mi compasión por los demás! (A Estrófilo) Eres un insolente. (Aparte) Sin embargo haré lo que pides.
- ESTROFILO: Espera; en nuestros tiempos no se puede uno fiar mucho. Hay que firmar un contrato ante doce testigos y notario.
- LICONIDES: Prepáralo todo al momento.
- ESTROFILO: Toma esta piedra.
- LICONIDES: Si yo falto a mi promesa, que Júpiter me despoje de cuanto poseo y que me arroje como yo arrojé esta piedra. (A Estrófilo) ¿Estás satisfecho?
- ESTROFILO: Ahora mismo te traigo el tesoro.
- LICONIDES: Vete con alas de Pegaso y vuelve volando.

Escena IV

Licónides, Estrófilo, Megadoro, Euclión y Eunomia

- LICONIDES: Qué pesado es para un hombre decente un siervo razonador y que quiere saber más que su dueño. Vaya al diablo el tal Estrófilo con tal que traiga esa olla y pueda yo cambiar en alegría la tristeza de Euclión. Así, él me concederá la mano de su hija. Pero... aquí está Estrófilo con la famosa olla.
- ESTROFILO: Licónides, aquí te traigo la olla con el oro. ¿Me tardado?
- LICONIDES: ¡Dioses! ¿Qué es lo que veo? Más de cuatro mil filipos de oro. Hay que llamar a Euclión. ¡Euclion, Euclión!
- MEGADORO: ¡Euclión!
- EUCLION: ¿Qué me queréis?
- LICONIDES: Baja. Los dioses te protegen. Aquí está tu olla.
- EUCLION: ¿La tenéis? ¿os estáis burlando?
- LICONIDES: Te digo que la tenemos. Baja volando.
- EUCLION: ¡Oh gran Júpiter! ¡Lar de mi casa! ¡Juno, reina de los dioses, y tú, Alcides, descubridor de tesoros! Por fin os habéis acordado de este desgraciado viejo. ¡Olla querida! ¡Con qué satisfacción te estrecha tu antiguo amigo! No me harto de abrazarte. ¡Esperanza y vida mía que alejas mis dolores!
- LICONIDES: (Aparte) Siempre pensé que la falta de dinero era un gran mal. La necesidad hace que los niños se envilezcan, los hombres roben y mendiguen los ancianos; pero veo ahora que es peor mal poseer más riqueza que la necesaria. Véase qué angustia ha causado a Euclión la olla que había perdido.
- EUCLION: ¿A quién debo estar agradecido? A los dioses, a los hombres honrados a todos y en primer lugar a tí, Licónides, que has sido el autor de tan gran dicha. Te doy la olla; quiero que te pertenezca lo mismo que mi hija Fedra. Así lo declaro ante Megadoro y Eunomia.
- LICONIDES: Contad, mi querido suegro, con mi eterna gratitud.
- EUCLION: Me la demostrarás aceptando mi oferta y mi persona.
- LICONIDES: Ambas cosas recibo y mi casa será la de Euclión.
- ESTROFILO: Una cosa falta, señor, y es que me concedas la libertad.
- LICONIDES: Está bien. Sé libre, Estrófilo; te lo has ganado. Di que preparen la cena, que había quedado a medio preparar.
- ESTROFILO: (Al público.) Espectadores: el ávaro Euclión ha cambiado de carácter. De pronto, se ha hecho generoso. Sedlo también vosotros con los cómicos y, si la comedia os ha gustado, aplaudid con toda el alma.